



VIVIENTES EN SU TIERRA

Por Alberto Baeza Flores (sobre Domingo Moreno Jimenes)

Un aerolito en América

Imaginábamos encontrarnos a Moreno Jimenes como al recién venido de lo sorprendente; hallarlo con sorpresa, de sorpresa, de pronto, la mañana cualquiera, que lo hemos encontrado, caído más bien del cielo errante que de la tierra de cada día.

Profeta de una religión estética, 25 años de poeta en su isla, en pleno ejercicio; negado y defendido como el solitario poeta de Galilea; con sus discípulos traidores, y ¿qué era aquello? ¿Cómo vino a nosotros? ¿Era un poeta? ¿Un hombre? ¿Un aerolito?

Razón había para quererlo ver como al fantasma errante de los pueblos de su isla; razón para tocar esa corporeidad del fugado, del errante, del ausente, por eso llegó como debía llegar: con su maleta de poesía –pequeños libros que él convierte en arroz y habichuelas para sus hijos, con sus palabras– y su aire con esa aureola profética que nuestra imaginación inventaba.

Subió la mañana del domingo, la muchacha criolla y asustadiza a decirnos, como quien ve al demonio: “Está allí... allí..., abajo... lo conozco, sé quién es..., anda con su maleta por los pueblos y las casas... entra con su maleta...” Y quería precavernos que no bajáramos, que lo dejáramos ir como al intruso. No sabía quién era, y si llegado era un peregrino, un astrólogo, un brujo o un transfigurado. Ya leyendo la tarjeta que traía, era él, y no otro: Domingo Moreno Jimenes, el Profeta, el Apóstol y Mártir del Postumismo. Moreno, en persona. Y ya frente a él, como quien pone en movimiento inmediato al ventilador –sin más; ni más– empezó a hablarnos creando ambiente de aerolito fantástico, como si la conversación hubiera quedado interrumpida ayer tarde, o la noche anterior.

Religión del hombre

Frente al errante con su maleta de libros de viaje; frente a este hombrecito un tanto cargado de sufrimiento y de experiencia cogida en los pueblos, en los campos de su tierra interior y exterior; con su aire de lúcido profeta indio, puente entre las razas, hablando por ellas, y americano de raíz temblorosa y bien hundida en el suelo de su corazón, lo interrogamos. América es nuestra primera pregunta.

“Estamos tirando antenas”, nos dice Moreno Jimenes, “Esta-

mos tirando antenas en América. Veo la América que está en estado de gestación primaria. Nuestra labor es tierra, tierra, apalar tierra, después, mucho después vendrán las flores y los frutos... Si la América es como yo la sueño". "La poesía de América se parece a la poesía de Neruda, pero con esa sencilla diferencia: El es un crepúsculo que va a la noche, y nosotros una noche cuya alba quiere asomar para proyectar el mediodía del mundo... Comencé a gritar América hace diez años, entonces me creyeron loco. Luego todos se volvieron locos gritando América..."

Le decimos lo que nos agrada, esa manera suya de monologar en sus portadas y contraportadas de sus últimos libros; esas explicaciones o comentarios marginales a sus obras, y nos dice -para sintetizar su pensamiento medular frente a su humanidad mejor-:

"Creo en Dios, pero tengo la religión del Hombre. La civilización no es una línea recta sino curva. Mi patria es el Hombre..."

Esto es como un pañuelo.

No puedo ocultar lo mucho que está unido a su tierra, lo entrañable que es él en su patria; lo muy subidamente suya que es esta tierra que él ha recorrido y andado, de un punto a otro, deleitación de peregrino minucioso, prolijo, juglaresco. En el fondo de él notamos ese orgullo seco y victorioso de sentirse tan hijo de la tierra, tan pegado a ella, y tan cogido -queriéndola tanto- que se nos figura el recién parido por su tierra, el jubiloso y experimentado hijo de su sangre:

"Estoy siempre como de viaje... Esto lo llamo mi ciudad estética, porque todo esto es la República, y ella es como mi vida".

Luego, nos habla con un entusiasmo de conmovida insistencia, de sus poetas, de los poetas de sus pueblos, que él ve, descubre y quiere y vemos en él, no en el estancado a fuerza de dogma, sino el hombre de alma abierta, de corazón franco, que nos habla de esos poetas de sus pueblos secretos y escondidos, como si se tratara de yerbas celestiales, de flores extraordinarias, que hay que ir a ver, oler, gustar, sin dejar transcurrir nuevos días.

"Aquí hay un movimiento, nos dice, no soy yo. Hay valores en el interior de la República que aquí no se sospechan, 25 años un movimiento girando en la isla pequeña ha de haber engendrado algo -locura o engendro funesto-, pero algo".

"Estamos tirando antenas", nos dice Moreno Jimenes. "Estamos tirando antenas en América. Veo la América que está en estado de gestación primaria. Nuestra labor es tierra, tierra, apalar tierra, después, mucho después vendrán las flores y los frutos..."

Anécdota de la escuela.

Moreno Jimenes es personaje de muchas anécdotas. Algún día habrá de recogerse en el anecdotario dominicano mucho de él, porque su juglaría, su errancia por los pueblos, su maleta que es como la pequeña guitarra del juglar, "la viola", el instrumento de verdaderas cuerdas suyo, no hacen más que llevarlo, conducirlo gradualmente a lo anecdótico, al fondo común de la anécdota mayor donde no estaría mal verlo, junto a otros seres –curas, generales, estudiosos, literarios, profetas, guerreros– de su tierra.

En la conversación surgen varias anécdotas, que se forman de pequeños trozos, de fragmentos de frases suyas, tal como el rompecabezas que empieza a tomar una forma y luego dibuja el misterio perdido en tanto fragmento pequeño, menor y reducido. La vida de Moreno Jimenes está también en estos fragmentos de sus anécdotas: su psicología especial, su lucha de 25 años tras un ideal, sus altos y bajos, sus mayores y menores niveles.

"La iglesia para mí –nos cuenta– ha sido la naturaleza. Fundé una escuela nocturna en las afueras de Santiago, en la Iglesia Perpetuo Socorro, más allá del cementerio, que cuando no estoy la atiende mi hijo. Los niños son revoltosos, pero cuando se portan mal y no estudian, les digo:

–Señores, acuérdense que estamos en la Iglesia".

El movimiento va hacia el hombre.

Parece ser el hombre el leit-motiv de su canto. Moreno Jimenes nos habla: "El movimiento va hacia el hombre y no es la deshumanización del arte, en el concepto de Ortega y Gasset; para mí se trata de la humanización del arte, de la humanización del hombre, hasta ser una mística de lo humano".

Luego continúa: "Yo creo que se ha escrito demasiado y no se ha escrito nada todavía".

Nos dice un verso suyo, en el cual encierra él un símbolo:

–Escúcheme, oígame esto:

"El pico de diamante estaba sobre la pradera de plomo, pero los ojos del Hombre-lava lo miraban con desconfianza: se había mentido tanto desde los griegos".

¿Nietzsche? ¿Whitman?, nos preguntamos con sorpresa. Sencillamente el poeta ambulante, con su amor, su pasión y su maleta-guitarra, que lo acompaña en sus romerías y presagios.

Moreno Jiménez, el peregrino angustiado

"La poesía es un duelo a muerte sin que nosotros podamos resistirnos; al contrario, nos gana y enajena –escribe el gran poeta peruano contemporáneo Xavier Abril-. Esta es su virtud. No hay zonas neutrales para la terrible experiencia que significa. Todo en el ser le pertenece. En la medida que nos devora, salvamos en pura imagen lo perdido".

Tócanos ahora hablar de un devorado por la poesía, de un consumido, por, y "en" ella; de alguien que afrontó y continúa, con alma firme, queriendo ese duelo mortal con ella, amándola sobre la hiel que da, y el trabajo que cuesta; vaciándose en libros, en poemas, en canciones, porque parece ser un destino como el poeta aquél. Si dejo de escribir, muero.

Ciertamente que moriría, Domingo Moreno Jimenes, si dejara de escribir, y sería esto cuanto de mortal definitivo pudiera ahogar su alma. Para recuperar lo perdido, en pura imagen, es por lo que él escribe, y al escribir se desespera. No sé qué alianza secreta existe en-

"La poesía de América se parece a la poesía de Neruda, pero con esa sencilla diferencia: El es un crepúsculo que va a la noche, y nosotros una noche cuya alba quiere asomar para proyectar el mediodía del mundo... Comencé a gritar América hace diez años, entonces me creyeron loco. Luego todos se volvieron locos gritando

tre él y la parte más angustiada de su tierra, que en él, como en el raro poeta, sucede que esa parte de su tierra llora en él.

Este llanto de la tierra en el escaso elegido es cosa óptima y lo más grande que puede suceder a un poeta: que el creador se pertenezca a medias, porque sea esa especie de divino medio para que la tierra suba por su vida y se exprese en palabras, en angustias, en agonías, en canciones.

Moreno Jiménez es de los poquísimos poetas dominicanos que expresan lo suyo. Pero en cada país –cuando los hay– existen muy pocos que expresan la luz y la sombra de su verdadera patria íntima. Con los cuatro o cinco que la República Dominicana posee, ya tiene suficiente. Sólo falta que se les quiera, se les edite y se les ame, con el reconocido fervor que sus vidas merecen. Entre éstos, sin duda que Moreno Jiménez será siempre de los primeros elegidos.

Cierto es que Moreno Jimenes es, a ratos, en su obra, impuro; cierto, también, que en sus casi 30 libros –o cuadernos– hay caídas, descensos, bajas mareas, materiales de resaca, agonía de más, –falsa agonía–, relleno, falsa postura exagerada. Cierto es que él, en su afán por llegar con lo suyo en búsqueda de una libertad más plena, ha deformado a veces el marco bueno del canto para caer en lo vulgar, en lo falsamente sensible y moderno. Podrá culparse su obra de desordenada, de falta de prolijidad, de falta de selección –a pesar que ella es escogimiento de entre una producción grande y fecunda–. Podrá creérsele a veces con un exagerado deseo de novedad –que sólo la novedad es la expresión más justa, y novedad no será al fin sino alma bien centrada y bien trabajada en su fondo–. Lo que no podrá negarse a Moreno Jimenes es que ha producido ese coeficiente suficiente; necesario, capaz de ganarnos, en definitiva. Lo que no podrá ocultarse es que ha escrito para la poesía dominicana, y para la poesía de nuestra América, esas pocas composiciones que como resumen feliz del poeta –de cualquier poeta– son lo necesario y lo único a lo que puede aspirar y querer el creador.

Moreno Jimenes en lugar de ocultar su trabajo y su elaboración, la ha ido vertiendo en libros, folletos, cuadernos, cuadernillos, hojas, revistas, periódicos, aquí y allá, sin rumbo editorial fijo; dejándola esparcida por la República, y ha sido sembrador de estas criaturas líricas como pocos, como ninguno en su país.

Este arco de 1916 a 1942; la órbita de trabajo desesperado y desamparado –en mucho– es conducta. No dudo que al futuro historiador de la poesía dominicana, el futuro estudioso e interesado en ella, o simplemente, al amoroso lector de poesía, le será tarea difícil juntar toda esta obra dispersa de Moreno Jimenes. Pero que se le buscará y se le unirá, no hay duda.

Es conducta, decimos, la persistencia empeñosa en una tarea de las más solitarias –y la más angustiadamente desolada– en América, este quedarse a solas de Moreno Jimenes, con su poesía, este arrinconarse con ella porque no puede hacer otra cosa que crear y trabajar en su noche lírica, para sacar de ella sus soles y sus estrellas de verdades.

Ejemplo éste, el de persistir, bueno y mejor para los poetas de hoy y de mañana. Tarea doblemente grande y sincera, porque en nuestro continente –demasiado desatento– todo tiente a la comodidad y a la dejación. La publicación sola de tanto cuaderno ha de haber significado, sin duda, al poeta, días de pan de menos, días de pobreza acongojada.

El poeta, dice Valéry, consagra su vida y se consume en la construcción de un lenguaje dentro del lenguaje. Moreno Jimenes, se ha

El poeta, dice Valéry, consagra su vida y se consume en la construcción de un lenguaje dentro del lenguaje. Moreno Jimenes, se ha consumido, mejor, en búsqueda de su alma.

consumido, mejor, en búsqueda de su alma; tras la expresión de angustia adecuada a su angustia, porque en él –en alma de su alma; tras la expresión de angustia adecuada a su angustia, porque en él –en lo mejor suyo– la muerte sopla a velas desplegadas; y truena y ruge cierto mortal sabor a lo mejor suyo– la muerte sopla a velas desplegadas; y truena y ruge cierto mortal sabor a un eclesiastés de cenizas. Si caen cenizas del cielo apocalíptico a su poesía, y la llena de temblor; y el amor, la búsqueda, en él, de este contraste entre la vigilia y el sueño; entre la realidad y lo imaginario, entre la muerte y la vida, es, justamente, el jaleo tras ese lenguaje que lo ha de salvar. Si él interrumpe, a veces, el hilo de su canto, es porque no puede hacer otra cosa que llevarlo a la realidad fría y hósqueda, para hacer brillar mejor su relámpago.

Muchos temas tientan a la poética de Moreno Jimenes, pero sobre todo este de la muerte, en su poesía, ha de ser el primero. Luego, la angustia de la tierra que hay en él; luego, trópico gris y poesía desesperada. Y buscando más, estos otros: Postumismo y modernismo; el carácter y el paisaje dominicano en la poesía de Moreno Jimenes; lo apocalíptico y visionario; la América de su poesía; pureza e impureza. Sólo tenemos espacio para enunciarlos y desaparecer; para prometernos desarrollarlos en la medida de nuestro entusiasmo.

Señor de su angustia, podría llamarse Moreno Jimenes. Ha abierto un campo a lo interior. Ha traído y llevado a la poesía al monólogo íntimo, ajeno al verso, a pesar de él, pero siempre en la poesía (o casi siempre). No ha dudado en ser rudo, discontinuo, áspero, vacilante, con tal de ser él; de decir su angustia, de expresarla, de trabajar muriendo y viviendo con ella y en ella.

*"¡Si tendré que alejarme para
volver a sonreír;
agitar un manojito de gardenias
sobre tu río;
anhelar la sombra de tu montaña
y evocar las coplas fuertes de
tus lavanderas!"*

Así cierra él su última "Antología Mínima" (1943), libro que conviene –nos interesa– leer a todos. Con Héctor Incháustegui Cabral; con el Franklin Mieses Burgos de "Tienda de Fantasía"; Manuel del Cabral; Tomás Hernández Franco, el de "Yelidá"; Domingo Moreno Jimenez representa ya una madurez hermosa, sostenida, profunda, de la poesía dominicana moderna; una favorable presencia de la creación poética mejor en nuestra moderna poesía americana.

Baeza Flores, Alberto

Nació en Santiago de Chile. Se radicó en Santo Domingo entre 1943 y 1945. Colaborador de las páginas literarias de los periódicos "La Opinión" y "La Nación". Aunque abandonó nuestro país, ha mantenido siempre vínculos muy estrechos con el mundo cultural dominicano, publicando varios libros dedicados al estudio de la poesía y a la narrativa de nuestro país. Su obra, que es muy amplia, ha sido traducida al inglés, francés y alemán, lo que lo sitúa como uno de los más sólidos intelectuales latinoamericanos.